

El pensar y hacer de Jane Addams

Miguel Miranda Aranda

Semblanza

Miguel Miranda Aranda es licenciado y doctor en Antropología Social y Cultural por la Universidad Rovira i Virgili, en Tarragona; profesor titular de la Universidad de Zaragoza, con másters en Trabajo Social, Psiquiatría y Antropología de la Medicina.

Resumen

Jane Addams es junto a Mary Richmond una de las pioneras más importantes del Trabajo Social. Vivió una época en la que se sustanciaron todos los problemas sociales del capitalismo liberal, de la industrialización y de los procesos de inmigración y urbanización acelerada. Fundó y dirigió toda su vida Hull House, la institución adscrita al movimiento de los *settlements*, desde la que se comprometió en las principales causas sociales del momento: la acogida a los inmigrantes, el feminismo y la lucha por el sufragio universal, contra el racismo, el pacifismo (lo que le valió ser reconocida con el Premio Nobel), el movimiento de los consumidores, la reforma social en definitiva. Su contexto cultural es paralelo al nacimiento y desarrollo de la Escuela de Chicago, a la construcción de la filosofía pragmatista y al diálogo con Mead y el interaccionismo simbólico. En ese diálogo, compartiendo la investigación y la acción, construyeron la propia identidad del Trabajo Social como disciplina aplicada y específicamente dieron los primeros pasos en lo que luego hemos denominado el Trabajo Social de Grupo y el Trabajo Comunitario. Sigue pendiente profundizar y aprender del pensamiento y la obra de aquellas admirables mujeres.

Palabras clave: Pioneras, Jane Addams, identidad, Trabajo Social.

Abstract

Jane Addams is with Mary Richmond one of the most important pioneers of Social Work. She lived during a period in which all the social problems of liberal capitalism, industrialization and immigration processes and accelerated urbanization occurred. She founded and ran her entire life Hull House, the institution attached to the settlement movement from which she committed herself to the main social causes of that time: reception of immigrants, feminism and the struggle for universal suffrage, against racism, the pacifism (matters that earned her to be recognized with the Nobel Prize), the consumer movement, social reform in conclusion. Its cultural context is parallel to: the birth and development of the Chicago School, the construction of pragmatist philosophy and the dialogue with Mead and symbolic interactionism. In this dialogue sharing research and action, they built their own Social Work identity as an applied discipline, and

specifically took the first steps in what we have later called Social Work Group and Community Work. It is a further task to go into detail and learn more from the thought and work of those remarkable women.

Keywords: Pioneers, Jane Addams, identity, Social Work.

Introducción

Una dificultad todavía presente en no pocas disciplinas/profesiones es la cuestión de la identidad, es decir ¿qué es la antropología y en qué se diferencia de la sociología?, ¿Cuáles son las similitudes y las diferencias entre la psicología y la psiquiatría?, ¿Y, al menos en Europa, qué tienen en común el Trabajo Social y la educación social, y la pedagogía? ¿Cuáles son los límites entre los doctores en medicina que *curan* y los doctores en enfermería que *cuidan*? ¿Por qué en España la museística está en manos de historiadores, y los antropólogos están prácticamente ausentes en ese campo?

Obviamente las disciplinas, como su reflejo en cuanto a lo profesional, no dejan de ser construcciones sociales, no pertenecen al mundo de la naturaleza, sino al de la cultura y, desde este punto de vista, las respuestas en diferentes ámbitos culturales pueden ser perfectamente distintas en los matices, por más que en un mundo globalizado, el efecto contagio es inevitable y se produce en todos los sentidos, de oriente a occidente y de norte a sur, con mayor o menor fortuna. Es sabido que, por lo que se refiere al Trabajo Social en Europa, en el caso de Alemania, con la gran figura de Alice Salomon, está más vinculado a la pedagogía social; mien-

tras que el resto, incluida Francia y Bélgica (con la influencia democristiana en los orígenes) pronto se subieron al carro de Inglaterra y Estados Unidos, países en los que se desarrollaron los prolegómenos del Trabajo Social como profesión y como disciplina científica; específicamente en los Estados Unidos, lugar en el que de la mano de una serie admirable de mujeres, nació y se configuró como tal la profesión del Trabajo Social. Entre ellas sobresalen Mary Ellen Richmond y Jane Addams. La primera, desde las Sociedades de Organización de la Caridad (las COS.). La segunda, desde los Settlements Houses, los "asentamientos" o "centros sociales"—para que se entienda—, el otro movimiento no menos importante.

Pues bien, si comienzo hablando de identidad es para señalar que el rescate de aquellas mujeres y unos pocos hombres, pioneras del Trabajo Social, empeño en el que hace dos décadas nos comprometimos algunos colegas latinoamericanos y españoles, organizados en un grupo de investigación, el GIITS, desde las dos orillas del Atlántico, no trataba únicamente de reescribir nuestra historia disciplinar—cuestión en sí no carente de interés—, sino de profundizar en la esencia, en las cuestiones fundamentales que provocaban en nosotros no pocas preguntas; no ya en el

mundo de la academia, sino, sobre todo y fundamentalmente, en el de la práctica profesional, ejercida a menudo en el interior de equipos multidisciplinares, en los que, para un correcto funcionamiento, hay que establecer como reglas de juego, qué funciones y tareas corresponden a cada cual como específicas y cuáles otras pueden ser compartidas. En un equipo que tal cuestión no esté clarificada y compartida, los conflictos serán inevitables y el resultado previsible. En la terminología de Gramsci, los más poderosos establecerán su hegemonía, dejando, para aquellas profesiones con menos estatus y poder social, una posición subalterna en la que tendrán que asumir aquellas tareas despreciadas por las demás. El león se comerá lo mejor de la pieza cazada, dejando para los demás las vísceras, utilizando la metáfora que hace ya muchos años escuché, en un congreso celebrado en Madrid, a un psiquiatra sevillano que le reprochaba a un colega suyo la distribución de papeles que acababa de hacer en una mesa sobre el equipo psiquiátrico. Naturalmente, él era el rey de la selva y los demás, psicólogos, enfermeros, trabajadores sociales, simples peones a su servicio y a sus órdenes.

En el equipo multidisciplinar sanitario, en lo que en España llamamos servicios sociales de base o unidades de Trabajo Social, en las instituciones penitenciarias o educativas, ¿qué es lo que justifica la presencia del Trabajo Social, qué es lo que él y nadie más que él puede aportar, qué es lo específico, aquello que no se comparte con los demás? En definitiva, ¿qué es el Trabajo Social, cuál es su iden-

idad profesional que lo hace ser distinto y singular?

Ya sé que en algunos medios académicos se está optando últimamente por dar cerrado el asunto. Aquel que empezó en el cambio de siglo, del XIX al XX, cuando las disciplinas establecieron sus límites, acudiendo como hipótesis explicativa a las luchas de poder en el interior de algunas universidades, para concluir que la cuestión ya no tenía el interés de antaño, en el caso de la sociología y la antropología, por ejemplo. También se dice que es en los límites, en el terreno limítrofe o fronterizo, en el que se encuentran las cuestiones más interesantes, los problemas más acuciantes por resolver, que son los que necesitan de la colaboración multidisciplinar, y seguramente esto es verdad. Pero no es menos cierto que es imprescindible conocerse a sí mismo, tener clara la respuesta a la pregunta ¿quién soy yo como trabajador social?, y, por tanto, en qué me distingo de los demás profesionales. En el equipo todo el mundo parece tenerlo claro y los trabajadores sociales no pueden ser menos. Y quien no sabe de dónde viene corre el peligro de no saber a dónde va. Ignorar las raíces del Trabajo Social, cuando además hay tanto que aprender y rescatar en ellas, es un lujo que los trabajadores sociales del siglo XXI no nos podemos permitir.

La respuesta a la cuestión identitaria yo no la encuentro en otro lugar más que en la definición del "objeto disciplinar", y para profundizar en la definición de tal asunto resulta imprescindible acudir a la historia, al pensamiento y la obra de aquellas meritorias mujeres, capaces

de inventar una profesión avanzando en la disciplina; es decir, proporcionando a la profesión un conjunto de conocimientos teóricos, metodológicos, que orientaran la acción, no ya desde la filantropía o la caridad religiosa, sino desde la ciencia, desde aquellas ciencias sociales que a finales del XIX daban sus primeros pasos y construían su propia identidad. Sigo utilizando las dos palabras conjuntamente, profesión y disciplina, aun a sabiendas de algunas críticas que tal cuestión suscita, porque favorece la comprensión del proceso histórico de creación y desarrollo del Trabajo Social, siempre que quede claro que su ejercicio profesional implica consustancialmente el dominio de no pocos conocimientos que llamamos científicos, procedentes en muchos casos de otras disciplinas y de otros creados por los mismos trabajadores sociales que constituyen el "cuerpo teórico", por decirlo así, en el que se apoya indisolublemente la profesión. Como decía Immanuel Kant, la práctica sin teoría es ciega y la teoría sin práctica un juego intelectual. Me parece que la afirmación del gran filósofo tiene mucha aplicación en nuestro caso. El sentido común es un bagaje imprescindible, pero absolutamente insuficiente, para ejercer esta profesión. La experiencia acumulada produce –qué duda cabe– conocimiento, sobre todo cuando esa experiencia es reflexionada, sistematizada, escrita y compartida. En definitiva, no hay profesión sin disciplina, sin ese conjunto de conocimiento teórico práctico que se viene construyendo en el Trabajo Social desde hace más de cien años.

Así pues, ¿Cómo definieron, a su manera, tal objeto disciplinar que les diferenciaba de las demás profesiones incipientes? Como no podía ser de otra manera: en permanente diálogo con su entorno intelectual, cultural, científico; es decir, debatiendo e incorporando los mismos avances que ellas contribuyeron a crear, en lo que vino a llamarse la Escuela de Chicago, con sus principales autores, desde Robert Park, William Isaac Thomas, y, desde luego, el interaccionismo de George Herbert Mead. Es la propia Mary Richmond la que en su obra de madurez (*What is social case work*) declara contundentemente que las teorías de Mead constituyen la piedra angular del Trabajo Social individualizado y, por otro lado, una autoridad en la figura de Jane Addams, como Mary Jo Deegan, apunta la posibilidad de que la directora de Hull House –nuestra Jane– fuese la auténtica líder de aquella escuela de pensamiento social y de acción e intervención social, de cuyos méritos trataban de apropiarse los hombres, los profesores universitarios de la Escuela de Chicago, no menos machistas por muy avanzados que fuera su pensamiento, por mucho que eligieran permanentemente objetos de estudio incómodos para el poder, y por muy comprometidos que estuvieran políticamente e incluso colaboraran asiduamente con Hull House. Eso sí, Deegan "eleva" a Addams a la categoría de socióloga, puesto que también fue investigadora, como si las trabajadoras sociales fueran incapaces de tal actividad. Si Deegan conociese el *social diagnosis* de Richmond, un riguroso trabajo de investigación, segura-

mente también la hubiera elevado a los altares de la sociología, desde la humilde posición de una simple trabajadora social. En fin, hegemonía y subalternidad.

Pues bien, aquellas mujeres construyeron esta profesión que mundialmente, como afirma Malcolm Payne, se llama Trabajo Social. Y lo hicieron desde la ciencia que había en aquel momento. Y para entender esta profesión, más allá de las también interesantes historias nacionales, como acostumbran los sociólogos con Spencer, Weber, Marx, Simmel, o los antropólogos con Boas, Radcliffe-Brown o Malinowsky, o los psiquiatras con Pinel y Kraepelin, o los psicólogos con Freud, Watson y Skinner, o las enfermeras con Florence Nithingale, los trabajadores sociales hemos de rescatar a nuestras pioneras. La tarea merece la pena y está todavía en gran parte pendiente. Y, por favor, que nadie me hable de colonialismo ni de imperialismo cultural. Tal posición puede ser útil e incluso muy loable en política, pero en el mundo científico no parece de recibo; ni en la medicina, ni en la física o la química, ni tampoco en eso que llamamos más específicamente ciencias sociales. Uno puede estar en las antípodas del evolucionismo de Spencer, pero desde la honradez intelectual no podrá negar que es uno de los padres de la sociología; o podrá no compartir el funcionalismo de Malinowsky, pero en absoluto renegar de sus aportaciones a la antropología. Richmond y Addams eran estadounidenses. Sí, ¿y qué? El conocimiento científico-técnico lo es o no lo es, independientemente de dónde se produce. Para estos efectos, las fronteras son irrelevantes.

Objetivos

Así, para construir nuestra identidad, aquí y ahora, necesitamos construir nuestro específico y peculiar objeto disciplinar, aquello que nos identifica, que nos diferencia de los demás. Y, para descubrir, construir, consensuar tal cosa, necesitamos conocer nuestra historia, conocer a nuestras pioneras, su pensamiento y sus obras. Necesitamos conocer cuáles fueron sus soluciones teóricas a aquella parte de la realidad que ellas querían enfrentar; que no era otra que la explosión de problemas sociales, de injusticia y desigualdad que trajeron consigo la revolución industrial, los procesos de migración y urbanización, las consecuencias del capitalismo liberal, en definitiva. Problemas sociales para los que ya la filantropía o la caridad y las recetas importadas desde la vieja Europa se habían revelado como obsoletas. Las COS o el movimiento de los *settlement*, desde aquel Toynbee Hall londinense, que nuestras pioneras visitaron podían ser plataformas útiles, pero había que secularizarlas e impregnarlas de conocimiento científico. Las ciencias sociales estaban naciendo para entender los cambios sociales acelerados que estaban teniendo lugar. El Trabajo Social surge a la vez y forma parte del mismo proyecto. La ciencia ayuda a entender, pero hay que intervenir, transformar. Y, por ello, el Trabajo Social va a nacer como una disciplina aplicada. Nace para transformar, para producir cambios. Cambios en las personas, en los grupos, en los barrios, en las ciudades, en las legislaciones nacionales. Todo ello desde un profundo sentido

democrático que ha de impregnar la vida social. En absoluto se arroga tal tarea en exclusiva. No pretende ser el agente del cambio por antonomasia y en exclusiva; no se arroga semejante responsabilidad. Sabe que los cambios sociales los producen los pueblos colectivamente, por eso su fe pragmática en la democracia, en la ciencia, en el pensamiento científico.

De ahí su coincidencia con Dewey en la importancia de la educación y la pedagogía; su adhesión al pensamiento de Mead, el interaccionismo simbólico, que les proporciona la solución al problema que se venía arrastrando, desde décadas y décadas, sobre la cuestión social, y que no era otro sino dónde poner las causas de la pobreza y la desigualdad. ¿Eran factores individuales o sociales? Individuo y sociedad. La parte y el todo. ¿Dónde ponemos la mirada, si queremos producir cambios, en el individuo o en la sociedad? ¿O entendemos con Mead que el todo preexiste a la parte, que no hay mente humana individual, sin una sociedad que le preceda? Los factores individuales son importantes, pero –diría Richmond– el trabajo de casos solo es una parte del Trabajo Social, y sabiendo que siempre, en todos los casos, los factores individuales y los sociales están íntimamente, indisolublemente unidos, como luego aclararía su sucesora en la Escuela de Nueva York, Gordon Hamilton. La otra parte es la reforma social, lo que se hace desde los “asentamientos”; el otro movimiento tan importante como las COS, en el que va a nacer el Trabajo Social de grupo y la intervención comunitaria.

Se vislumbra pues una definición del objeto: el malestar individual y el contexto social, la estructura social y política. Desde entonces, en los planes de estudio de Trabajo Social habrían de estar presentes las disciplinas que ayudan a comprender lo individual –el mundo de lo *psi*, que diría Foucault– y las que, de manera imprescindible, ayudan a entender lo colectivo, lo social: la sociología, la antropología, la economía, el derecho. En esta orientación hacia otros “niveles de intervención” desde el Trabajo Social, el grupo y la propia comunidad tienen un lugar señero, del que todos sus sucesores nos tenemos que sentir plenamente orgullosos por su nivel, como mujer científica y como reformista social, nuestra protagonista de este artículo, Jane Addams.

El pensamiento de Jane Addams

Laura Jane Addams nació el 6 de septiembre de 1860 en Cedarvill (Illinois). Fue la más pequeña de los ocho hijos que tuvo John Huy Addams, senador por el estado de Illinois desde 1854 hasta 1870; un político cuáquero partidario de abolir la esclavitud, quien influyó en su hija. Los biógrafos de L. J. Addams informan que en 1877 ingresó en el Fockford Female Seminary, una institución escolar presbiteriana, pionera en la formación de las mujeres, y que, en 1881, se graduó. Después viajó a Europa (también visitó España), según algunos para liberarse de las presiones familiares para establecer un proyecto vital al uso, esto es, contraer matrimonio y formar una familia. Fue su visita a Londres, a Toynbee Hall, lo que, sin duda, determinó

sus decisiones posteriores. El pastor Barnett había puesto en pie una institución social, en medio de un barrio obrero, con múltiples funciones; todas ellas muy sugerentes para la joven Addams y su amiga Ellen Gate Starr, con la que, de vuelta a Estados Unidos impulsaría la federación de los *settlement* (los asentamientos), y crearía Hull House, en Chicago, que a la postre se convertiría en el más famoso y, en gran medida, a cuya imagen y semejanza funcionaron los demás, y no solamente en su país, sino en otros lugares del mundo.

En 1903 fue nombrada vicepresidenta de la *National Woman's Trade Union League*. De 1905 a 1908, fue miembro del Chicago Board of Education, un organismo público que tenía como finalidad mejorar la educación. En 1909, fue elegida presidenta de la Conferencia Nacional de Caridad y Corrección, que luego pasaría a llamarse, con más acierto y fortuna, Conferencia Nacional de Trabajo Social, siendo la primera mujer que ocupaba ese cargo. En ese mismo año, fue una de las fundadoras de la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color, toda una posición política con que hizo honor a su padre, el senador abolicionista.

En 1910, publicó *Twenty Years at Hull House*, una obra en la que daba a conocer las experiencias adquiridas a lo largo de veinte años en el centro del que era cofundadora, directora y al que nos referiremos más adelante. Tal era su prestigio que fue requerida como mediadora en varios conflictos laborales de empresas importantes, así como por la confianza que

inspiraba entre los trabajadores industriales, que trataban de mejorar con múltiples huelgas sus penosas condiciones laborales. Fue elegida como presidenta de la *National American Woman Suffrage Association*. En 1913, asistió al Congreso Internacional de la Alianza de Mujeres Sufragistas. Fue también la primera presidenta del *Woman's Peace Party*. En plena I Guerra Mundial, presidió el Congreso Internacional de Mujeres, en La Haya. De 1919 a 1929, ocupó la presidencia de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad. No menos importante resultó su participación en la fundación de la *American Civil Liberties Union*. Recibió el premio Nobel de la Paz en 1931, cuatro años antes de su fallecimiento. También se convirtió en la mujer más peligrosa de Estados Unidos, según calificó algún preboste de los servicios de seguridad a la santa Jane. Sobre estos aspectos biográficos remito al lector a mi libro *De la caridad a la Ciencia* y a la introducción escrita con ocasión de la publicación de *El largo camino de las mujeres*, por la Universidad de Zaragoza –quizá la única obra de Addams traducida al castellano completamente.

Como puede intuirse por su biografía, estamos ante una autora comprometida con su tiempo. Podíamos incluirla, como a toda la primera generación de trabajadoras sociales, en el pensamiento humanista opuesto radicalmente al evolucionismo (darwinismo social, dirían algunos) de Spencer, que inundaba el pensamiento sociológico hasta la entrada en escena del Departamento de Sociología de Chicago –por favor, no confundir con la neoliberal

Escuela de Chicago de Milton Friedman, con la que nada tiene que ver-. Reformista social, como demuestra toda su vida; demócrata radical, como Mead y los filósofos pragmatistas, que pensaban que la democracia debe de inundar todas las relaciones humanas y sociales y que para nada se puede reducir al ejercicio electoral; la democracia como instrumento para construir una sociedad mejor y más justa. Militante feminista, sufragista, que rompe moldes, que supera sin disimulo convencionalismos sociales sobre su identidad de género, que lucha incansablemente por el papel de las mujeres, contra el machismo, y que –como no podía ser de otra manera– encabeza los movimientos por el derecho al voto femenino, luciendo su traje de graduada universitaria a la cabeza de las manifestaciones. Pacifista, asumiendo la opción por la paz como único camino, en contra incluso de Dewey, quien pensaba que la guerra podía ser el camino para la integración en un solo pueblo y bajo una única bandera de todos los ciudadanos estadounidenses, más allá del color de su piel, de su procedencia étnica y del país de origen. Cuando en medio del discurso oficial, del relato compartido desde el poder, de la necesidad de involucrarse en la Gran Guerra (luego vendría la segunda que no fue menos grande), una mujer se declara pacifista, proclama que la guerra no trae sino desgracias y muerte, afectando siempre a los más pobres, podemos imaginar la valentía y el desgarramiento personal que la llevó a perder no pocos amigos y otros que presumían de tales. El premio Nobel vino a restituirla entre las grandes

mujeres admiradas en la historia de Estados Unidos.

Por último, ya hemos señalado su adhesión al pragmatismo, quizás la principal escuela filosófica nacida en Estados Unidos, no siempre bien entendida desde la supuesta superioridad de la filosofía europea. Sería la creencia en las potencialidades del pensamiento científico –aunque con el debido respeto– más allá de las creencias individuales, de la fe religiosa, como el único camino correcto para enfrentarse a los problemas sociales, que tanto se habían desarrollado en la sociedad posterior a la primera revolución industrial, para enfrentarse a ellos y construir democráticamente una sociedad más justa e igualitaria. Con Dewey, esta vez sí coincidía en que la democracia combina libertad e igualdad, añadiendo –como señala el historiador Menand– la fraternidad, según la famosa consigna de la Revolución francesa.

La idea de realizar el ideal democrático estaba condicionada por la posibilidad de combinar igualdad y libertad en las prácticas e instituciones sociales. Las instituciones y las leyes deben garantizar y consolidar la igualdad de todos. Para los pragmatistas, la educación y la democracia eran el camino, la cooperación entre los seres humanos, la tolerancia de la diferencia y la igualdad. No se vislumbra una rápida superación del capitalismo industrial, pero sí se lee con absoluta claridad que tal sistema no es en absoluto el punto de llegada, sino la causa de no pocos problemas y sufrimientos y, por tanto, algo que habrá de ser superado por la educación y la

democracia entendida de manera radical. Algunas premisas pragmatistas inundaron el Trabajo Social, como, por ejemplo, la creencia en las potencialidades del individuo, y, por lo mismo, en la importancia de la autoestima; cuestión nada baladí, si nos trasladamos a su momento histórico, y, por supuesto, plenamente válida en el siglo XXI, y para una sociedad clasista, racista, de inmigrantes pobres, como los que rodeaban Hull House. O la convicción de que la vida es una "experiencia compartida" con los semejantes, de que la democracia solo tenía sentido, si era capaz de enfrentar y solucionar los graves problemas sociales que el capitalismo liberal había traído consigo. Pragmatistas como Peirce (en menor medida), William James, John Dewey, Mead influenciaron no sólo el Trabajo Social, sino a la propia Escuela de Chicago, sus investigaciones, su docencia, y, por supuesto, sus famosas monografías (Kohs, 1966, p. 202). Y, como parece ya demostrado, la influencia de la principal escuela de pensamiento social en el Trabajo Social llegó a las COS, a través de Richmond, y a los *settlement*, a través de Hull House. En este último caso, se trató más bien de un trabajo común, dado las mutuas implicaciones, entre la universidad y la institución dirigida por Addams, en la que vivieron no pocos profesores del departamento universitario, además de la poderosa influencia del pensamiento y el compromiso de la propia Jane Addams.

El hacer de Jane Addams

En las líneas anteriores, referidas al pensamiento de nuestra pionera, ya se puede

intuir en qué invirtió su vida, en qué causas sociales se involucró. Pero hablar de su hacer implica necesariamente referirse a Hull House, el proyecto de su vida. Su inspiración fue Toynbee Hall, la casa que el pastor Barnet había puesto en pie cuando fue destinado a un barrio obrero, a un arrabal londinense, al convertir la residencia parroquial en un centro social y cultural; un hogar para estudiantes universitarios dispuestos, en una especie de voluntariado social, a compartir su vida con sus vecinos durante un tiempo, entendiéndolo, al más puro estilo antropológico, cuáles eran sus necesidades y sus aspiraciones, enseñándoles a utilizar sus recursos, a cuidar su salud, a remontar las dificultades cotidianas de la existencia (Miranda, 2004, p. 164; Sand, 1931, p. 40.). Los Barnett se comprometieron a mejorar las condiciones de vida de la gente y, con ayuda de intelectuales como John Ruskin y Thomas Carlyle, al igual que cristianos socialistas, como Frederic Maurice y Charles Kingsley, la casa parroquial se convirtió, en 1888, en la primera sede del movimiento. Uno de los primeros estudiantes que se comprometió con el proyecto fue Arnold Toynbee, quien murió tempranamente tras haber contraído tuberculosis. En su honor la primera sede del movimiento de los *settlement* lleva su nombre. Para los fundadores de este centro, la palabra *settlement* describía un grupo de gente viviendo en un barrio e identificándose ellos mismos con sus vidas, como una manera de entender y aprender de sus circunstancias. Se trataba de aprender unos de otros, los estudiantes de sus vecinos y de la realidad

que compartían, haciendo además de vóceros, de propagandistas de la situación de los trabajadores frente al poder y las élites sociales. Los vecinos disfrutaban de ese capital social –diríamos hoy– que los universitarios aportaban al barrio, a través de los proyectos y múltiples actividades que se desarrollaban.

Para Friedlander (1985, p. 47), los objetivos de Toynbee Hall tenían que ver, en primer lugar, con la educación y el desarrollo cultural de los pobres; también con la oportunidad para los estudiantes y otros residentes de la casa; sobre las condiciones en que vivían los pobres y la necesidad urgente de hacer reformas sociales; y, por último y no menos importante, se trataba también de despertar el interés popular en los problemas sociales y sanitarios, así como en la legislación social. Estos objetivos se propagaron “a otros asentamientos parecidos”, en Europa y en Estados Unidos. De todos ellos, el dirigido por Jane Addams acabaría siendo el punto de referencia para el movimiento, dado el ímpetu y la capacidad organizativa de nuestra pionera.

En definitiva, Addams y E. G. Star se entusiasman con lo que ven en Toynbee Hall y se proponen llevar la experiencia a Chicago, de tal manera que Hull House abrió sus puertas en septiembre de 1889. La casa Hull era una casa que había tenido diversos usos, residencia de ancianos, por ejemplo; situada en medio de lo que había sido una zona de suburbios, pero que el imparable crecimiento de la ciudad había fagocitado. Adquieren este caserón con la ayuda de mucha gente, porque por su

extensión y ubicación lo ven adecuado a sus propósitos. Está rodeado de colectivos emigrantes extranjeros fundamentalmente: italianos, judíos procedentes de Polonia y Rusia, alemanes, irlandeses, canadienses francófonos, bohemios (actual República Checa), o sea, el *melting pot*, el crisol de razas que estudiaban Robert Park y sus colegas y alumnos (Park, 1999); el proletariado pobre que acude a aquella ciudad que no para de atraer mano de obra.

Así, los alrededores de Hull House, como toda la ciudad de Chicago, van a ser el laboratorio soñado por los integrantes del primer departamento de sociología que nace en una universidad estadounidense en 1892. Fue Albion Small su primer director y quizás Robert Park y William Isaac Thomas sus figuras más representativas, además de Cooley, Blumer, sin olvidarnos de George Mead que, aunque formalmente era profesor del Departamento de Filosofía, su influencia en la sociología incipiente, con la teoría del interaccionismo simbólico, determinó la intensa actividad investigadora de las décadas siguientes, llegando su influencia a Erving Goffman o interaccionistas más recientes como Richard Rorty, fallecido en junio de 2007.

Decíamos que era el laboratorio soñado, porque Chicago era el paradigma de la rápida urbanización, de la ciudad que crece de día y de noche, con la llegada de oleadas de emigrantes procedentes de los más variados lugares del mundo, cada cual con su cultura, su religión, sus costumbres, que buscan mejorar su existencia en un país en el que imperan las leyes

del *laissez faire-laissez pasé* del capitalismo liberal en estado puro, en el que no existen los sistemas de protección social, y únicamente la solidaridad puede paliar el desamparo. En ese contexto desde la universidad y desde Hull House es posible hacer una investigación empírica, a partir de la observación directa y creando una teoría que va más allá de la mera filosofía especulativa, como diría Thomas.

Algunos autores consideraban Hull House sobre todo una institución educativa; otros la veían como un vivero de políticos reformistas, un lugar para el encuentro y para el debate entre militantes obreros sindicalistas y los profesores investigadores universitarios, los políticos partidarios de la reforma social y, desde luego, los propios residentes. Por ejemplo, William Lyon Mackenzie King, más tarde primer ministro de Canadá, el propio John Dewey y Mead; y trabajadoras sociales que dejaron huella en la profesión, como Julia Lathrop, Florence Kelley, Alice Hamilton, Edith y Grace Abbott, Sophonisba Breckinridge, Jessie Binford; trabajadoras sociales muy comprometidas en producir cambios en la realidad social que les tocó vivir, contribuyendo con su acción profesional, la investigación y la docencia universitarias, en algunos casos. Anarquistas, marxistas, socialistas, unionistas, teóricos sociales y profesores de la Universidad de Chicago se reunían en sus aulas. Se organizaban debates, conferencias, seminarios. Deegan (1990, p. 5) afirma que la filosofía pragmatista nació a partir de estos contactos e intercambios profesionales. Trataban de combinar la observación

científica y objetiva, con los valores éticos y morales para generar una sociedad más justa y liberada.

La propia Addams habla al menos de cuatro líneas de actuación adaptadas a las demandas de los vecinos. Ella habla de la dimensión educativa, desde luego, pero también señala la humanitaria, la social y la cívica. Palabras muy ambiguas para incluir un sinfín de actividades, que van desde facilitar el acceso al idioma, instrumento imprescindible para integrarse, clases de cocina y dietética, de música, de dibujo, de modelado de arcilla, costura, arreglo y bordado, cuentacuentos, guardería, biblioteca, exposiciones artísticas, actividades para las mujeres organizadas en un club femenino, para los jóvenes, también organizados en un club, oficina de información y traducción, para los emigrantes recién llegados, lugar de acogida para los sindicatos de mujeres que, en algunos casos, nacieron en Hull House, el Club de Ciencias Sociales de la Gente Trabajadora, con finalidades sociales, educativas y cívicas, dispensarios médicos... En definitiva, una larguísima relación de actividades de muy diverso tipo y miles de personas relacionadas con la institución a lo largo de todos los días de la semana.

El movimiento de los *settlements* se identificaba por las tres "r": *residence, reform* y *research*. Era una residencia para gente comprometida con la reforma social y que, con múltiples vínculos con las universidades, investigaba sobre la realidad social. Hull House reúne sin duda las tres erres. Stanton Coit que había fundado la primera sede del movimiento en Estados

Unidos, el Neighborhood Guild, decía lo siguiente:

La idea fundamental que los settlements representan es esta: que, con independencia de las creencias religiosas o no religiosas, toda la gente, hombres, mujeres y niños, en cualquier calle, en un pequeño número de calles en cada distrito de clase trabajadora [...] deberá estar organizada en una especie de clubs que estarán ellos mismos, o en alianza con aquellos otros vecindarios, para llevar a cabo o inducir a otros a realizar reformas –domésticas, industriales, educacionales, de ayuda o recreativas–, que el ideal social demanda. Esto es una expresión de la idea familiar de cooperación (Trattner, 1989, p. 170).

A partir de la definición de sus objetivos, de su identidad como movimiento, complementario a las COS –como la propia Richmond recuerda reiteradamente–, no es de extrañar que a la hora de buscar los comienzos del Trabajo Social de grupo y la intervención comunitaria haya que mirar hacia este movimiento. El tratamiento individualizado propio de las COS, que Jane Addams en ningún momento rechaza, sino que establece relaciones de colaboración con ellas, se ve enriquecido por otros niveles de intervención: los problemas individuales son compartidos con más gente o constituyen problemas de toda la colectividad. Por tanto, la solución había que construirla en grupo, había que buscarla a través de la colaboración de los propios afectados. Un salto cualitativo muy importante, que lamentablemente

no se vio reflejado en una sistematización de conocimientos, desde el punto de vista metodológico como sí hicieron los herederos de las COS, desde las universidades de Nueva York, Pensilvania y Chigaco muy tempranamente, siguiendo las huellas de Mary Richmond, en lo que se refiere al nivel de intervención de caso. La llegada del psicoanálisis en las décadas posteriores y su influencia determinó probablemente la opción individualizada como la mayoritaria, sin que en ningún momento (no hay más que leer a la autora de *Social diagnosis* y estudiar su biografía y sus propios compromisos sociales) se dejara de ser consciente de la importancia de la reforma social y de la legislación vigente, para construir una sociedad más justa e igualitaria.

Conclusiones

Los teóricos de la marginación social, que también tienen que ver con la Escuela de Chicago, señalan la dificultad de acceder a los servicios comunitarios, sociales, como principal causa de marginación, dificultad para acceder al trabajo, a la educación, a la sanidad, a los servicios sociales, a la seguridad, a una alimentación adecuada, al agua... Podemos decir que Jane Addams fue una militante de la integración social, de una sociedad igualitaria. Acoger a los emigrantes en aquel momento histórico, ya supone en sí misma una actitud muy progresista (en ello estamos peleando más de cien años después); elegir "objetos de estudio e investigación", como hacían también Park y sus compañeros y alumnos, molestos al poder, también supone

una plasmación concreta de los principios filosóficos y éticos que movían el compromiso personal, político y profesional de todas aquellas personas involucradas en aquel movimiento de los *settlements* y las escuelas de pensamiento en las que se basaban. La interacción entre los individuos, la idea de cooperación social, la confianza en la ciencia como el único instrumento para entender y cambiar la realidad en un marco de democracia radical, nos ayuda a entender el momento histórico y el valor y la valentía de aquellas mujeres pioneras, que "inventaron" una profesión que se plantease producir cambios. No solamente estudiarlos, observarlos, desde la neutralidad del estudioso e investigador. La intervención social desde la ciencia, producir cambios utilizando la metodología individualizada, grupal y comunitaria, es la gran herencia que nos dejaron aquellas pioneras. Los marginados no participan en la vida social. Jane Addams trabajó toda su vida para facilitar la participación en la vida social y política de las clases trabajadoras, de las mujeres, de los jóve-

nes, facilitándoles su promoción, su educación, su autoorganización, dándoles visibilidad, autoestima y poder para cambiar su realidad.

Queda mucho por investigar de su pensamiento y de su obra. Queda mucho por traducir para facilitar su conocimiento y enriquecer el cuerpo doctrinal del Trabajo Social. Y hay que hacerlo sin prejuicios, superando los estereotipos que a veces nos han vendido a los trabajadores sociales algunos colonizadores desde supuestas superioridades disciplinares. El Trabajo Social nació como profesión y como disciplina de la mano de aquellas eméritas mujeres pioneras, que fueron capaces de convertir una actividad caritativa o filantrópica en una disciplina aplicada. Cuanto antes reconozcamos este hecho histórico avanzaremos en la solución de nuestros problemas identitarios y conoceremos mejor nuestras raíces, profundizando en las soluciones teórico-prácticas que ellas encontraron e incorporaron en diálogo con las incipientes ciencias sociales.

Referencias

- Addams, J. (1964). *Democracy and social ethics*. Cambridge, EE UU: Universidad de Harvard-Belknap Press.
- Addams, J. (1972). *Newer ideals of peace*. Nueva York, EE UU: Peace Movement in American Series-J.S. Ozer.
- Addams, J. (1990). *Twenty years at Hull-House*. Chicago, EE UU: Universidad de Illinois-Prairie State Books.
- Addams, J. (1990). *The spirit of youth and the city streets*. Urbana, EE UU: Universidad de Illinois.
- Addams, J. (2014). *El largo camino de la memoria de las mujeres*. Zaragoza, España: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Addams, J., Balch, Emily G y Hamilton. (2003). *Women at The Hague. The International Congress of Women and its results*. Chicago, EE UU: Universidad de Illinois.
- Allen, F. D. (1967). *Spearheads for reform: the social settlements and the progressive movement, 1890-1914*. Nueva York, EE UU: Universidad de Oxford.
- Allen, F. D. (1973). *American heroine: The life and legend of Jane Addams*. Nueva York, EE UU: Universidad de Oxford.
- Bethke Elshain, J. (2002). *Jane Addams and the dream of American democracy: A life*. Nueva York, EE UU: Basic Books.
- Branco, F. (2010). A sociatria em Jane Addams e Mary Richmond. *Locus Socia*, 5, 70-78.
- Davis, A.L. (1967). *Spearheads for reform. The social settlements and the progressive movement, 1890-1914*. Nueva York, EE UU: Universidad de Oxford- Transaction Publishers.
- Deegan, M. J. (1990). *Jane Addams and the men of the Chicago School*. Nueva Jersey, EE UU: New Brunswick.
- Deegan, M. J. (1997). The Chicago Men and the sociology of women. En Ken Plumer (Ed.), *The Chicago School. Critical assessments*. Londres, Reino Unido: Routledge.
- Deegan, M. J. (1997). Hull House maps and papers: The birth of Chicago sociology. En Ken Plumer (Ed.), *The Chicago School. Critical assessments*. Londres, Reino Unido: Routledge.
- Devine, E.T. y Brandt, L. (1921) *American Social Work in the Twentieth Century*. Nueva York, EE UU: The frontier Press.
- Kohs, S.C. (1966), *Las raíces del Trabajo Social*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Linn, J.W. (1935). *Jane Addams: a biography*. Chicago, EE UU: Universidad de Illinois.
- Menand, L. (2002). *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América*. Barcelona, España: Destino.
- Miranda Aranda, M. (2004). *De la caridad a la ciencia. Pragmatismo, interaccionismo simbólico y Trabajo Social*. Zaragoza, España: Mira Editores.
- Miranda Aranda, M. (2007). De la caridad a la ciencia: La construcción de la identidad disciplinar del Trabajo Social. *Arxius*, 16, 45-62.
- Miranda Aranda, M. (2012). Algunas reflexiones sobre las pioneras del Trabajo Social y el papel de la educación. *Azarbe. Revista internacional de Trabajo Social y Bienestar*, 1, 87-96.
- Miranda Aranda, M. (2012). Reivindicando a Mary Richmond y su obra. *Locus Social, Revista de Serviço Social, Política Social y Sociedade*, 5, 6-30.
- Miranda Aranda, M. (2013). *De la caridad a la ciencia I. Trabajo Social: la construcción de una disciplina científica*. Buenos Aires, Argentina: Espacio Editorial.
- Miranda Aranda, M. (2013). De la caridad a la ciencia II. Influencias del pragmatismo y el interaccionismo simbólico en Trabajo Social. Buenos Aires, Argentina: Espacio Editorial.
- Miranda Aranda, M. (2014). La importancia de la historia del Trabajo Social para construir una identidad profesional aceptada internacionalmente. *Tendencias & Retos*, 20(1), 21-34.
- Park, R. E. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona, España: Ediciones del Serbal.
- Sand, R. (1931). *Le service social à travers le monde. Assistance-Prévoyance-Hygiène*. París, Francia: Librairie Armand Colin.
- Trattner, W. I. (1994). *From poor law to welfare state. A history of social welfare in America*. Nueva York, Estados Unidos: The Free Press.